

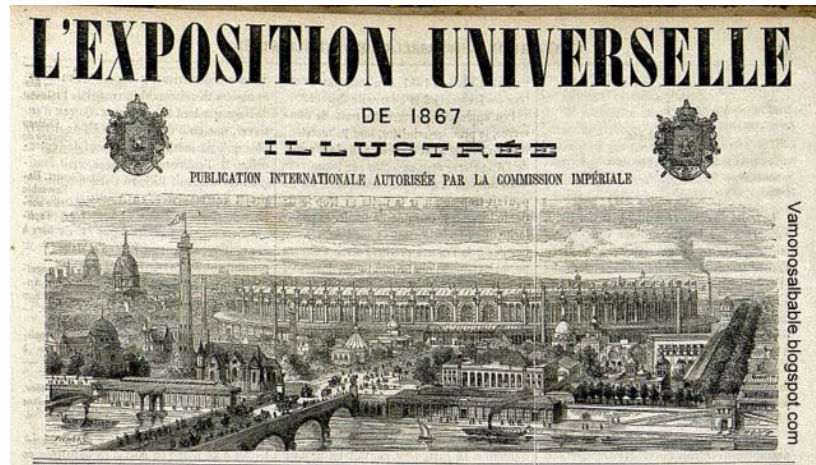


Exposición Universal de París de 1867 del pintor Edouard Manet

*Un Paseo en Globo. Un Alemán y el Grupo X*

*--Conclusión--*

Preparado por Rafael Calderín  
Septiembre 2015



EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS  
EN 1867.  
UNIVERSITY OF  
CHICAGO LIBRARY

## MEMORIA

PRESENTADA A LA COMISION PROVINCIAL

DE PUERTO-RICO,

POR EL LICENCIADO

ROMAN B. DE CASTRO.



PUERTO-RICO:

IMPRENTA DE ACOSTA, FORTALEZA, 21,

1868.

## Introducción:

Nombrado por el entonces Gobernador de Puerto Rico José M. Marchessi, Román Baldorioty de Castro, fue el representante de Puerto Rico en la Exposición Universal de París de 1867. Posteriormente escribió una extensa "memoria" sobre su visita a la exposición. Aquí solo incluimos la parte final, la conclusión, donde él describe su Paseo en Globo, sus conversaciones con un alemán que fue compañero en el globo, y sus reflexiones sobre el Grupo X.

La descripción, algo poética, del paseo en el globo el Gigante del fotógrafo francés Nadar (seudónimo de Gaspar Félix Tournachon) y las conversaciones, algunas filosóficas, con el alemán (Mr. Müller) sobre temas científicos y sobre sus visiones del futuro de la navegación aérea son interesantísimas, al leerlas debemos recordar que fueron escritas hace ya casi 150 años.

La primera exposición universal ocurrió en Londres en 1851, la segunda en París en 1855, la tercera regresó a Londres en 1862 y la cuarta Exposición de 1867 en París, ha tenido un carácter moral que ninguno de las tres que le han precedido alcanzó. Para llenar este vacío se construyó el grupo X, grupo que abraza toda la Exposición, pero bajo un solo punto de vista: ***el de mejorar la condición física y moral de los pueblos, que debe ser la aspiración constante de todas las naciones y de todos los gobiernos civilizados.***

Las reflexiones de Baldorioty y el alemán, sobre temas como la pena de muerte, como las escuelas, las casas de socorro, el trabajo y de muchos otros, son temas de avanzada, aun para nuestros días. Resulta difícil entender como Baldorioty de Castro pudo publicar estas memorias, durante una época de tan alta censura de las autoridades españolas.

## Conclusión:

La Exposición Universal ha sido un hecho tan grandioso, tan complejo, y de tantas faces, que no es dado a ningún hombre agotarlo por la narración. Preciso es pues cortar, asunto tan vasto, por una parte cualquiera y poner un término a esta Memoria, que no lo abarcaría en su extraordinaria variedad, por mucho que aumentara su volumen.

¡Dichosos nosotros si en lo que hemos escrito se encuentra alguna que otra idea útil, y más dichosos, si al terminar este trabajo, más industrial que literario, más hijo del deber que del gusto, logramos entrever los fundamentos de tantos prodigios, de tanta grandeza, de tantos y de tan rápidos progresos!

Mas hemos caminado demasiado en el vasto recinto del memorable campo de Marte: el Sena nos ha conducido con frecuencia a Billancourt, y las vías férreas nos han dado rápido paso hacia Petit-Bourg!, hacia Vincennes y hacia Evry-sur-Seine. Cuantas veces, dentro del vasto Palacio, o en las sinuosidades del luminoso parque, ¿no hemos salvado, como por encantamiento, otras distancias que asombran la imaginación? ¿Cuántas veces no hemos pasado repentinamente desde los fríos intensos de la Rusia, hasta los calores enfermizos del África, desde el centro de Alemania hasta el centro del Japón? Tantas marchas y contramarchas, tantos viajes violentos e improvisados, siempre en un mismo plano y cargando nuestro cuerpo sobre nuestras piernas, fatigan al fin el espíritu, y agotan las fuerzas físicas. No se resienten menos las fuerzas de la bolsa, tan necesarias, si no más, que todas las otras para poder viajar con fruto y sobre todo con placer.

Hagamos pues un alto y tomemos una resolución atrevida: quememos el último cartucho, es decir, el último escudo, pero quemémoslo con honra. La superficie de la tierra nos ha dicho ya bastante: la invención del escafandro nos ha permitido ver al hombre marchando por sus propios pies por el fondo profundo de las aguas. La materia inerte, ya como es en sí, ya animada por el sentimiento de las artes, ya adecuada a las necesidades humanas por la mano activa y poderosa de la industria, ha pasado como un brillante sueño por nuestra vista. Dejemos

pues la tierra y lancémonos atrevidamente por los aires: visitemos las tristes soledades que sorprendieron al ilustre GayLussac en la mansión silenciosa de las nubes, y turbemos el reposo de las regiones superiores, o aventurémonos en sus violentos torbellinos. ¿Creéis acaso que se necesita más valor para navegar por las ondas desconocidas de la atmósfera que para atravesar el Atlántico? Si así lo pensáis es porque no habéis tenido ocasión de comparar el Globo Godard, con la Almadia salva-vida denominada sin igual, o el Globo Gigante de Nadar con el bote Red, White and Blue (Rojo, Blanco y Azul) (1). No lo dudéis, un paseo en globo es hoy más cómodo y más rápido que una vuelta por la bahía: el rumbo es fortuito, independiente de la voluntad, es cierto, pero los medios de tomar la tierra, o de evitar en las regiones superiores la tempestad, son seguros.

Ya la muchedumbre de 200,000 espectadores llena la vastísima plaza de los Inválidos: los bancos, las sillas, las ramas de los árboles, los balcones de las casas inmediatas y hasta los diques del Sena están poblados de gente. ¡Qué grandioso espectáculo! El Globo Gigante (2), que Mr. Nadar ha construido a sus expensas y que consagra a crear un capital destinado al estudio de la atmósfera, sin cuyo conocimiento no es de esperar que se resuelva el gran problema de la navegación aerostática, se balancea ya grave y solemnemente en medio de la gran plaza. A medida que sus grandes pliegues se dilatan el rumor de la muchedumbre disminuye: a medida que el coloso aéreo se infla, que comienza a mecerse con solemnidad, que tesa las cuerdas de sujeción, cual si estuviera impaciente por romperlas para alejarse de la tierra, la respiración del pueblo numeroso se contrae: ya atan la barquilla, ya el lastre, compuesto de sacos de arena, se distribuye simétricamente en su interior y en torno de sus pretiles; el silencio es universal y profundo y no se oyen sino los latidos de tantos corazones que temen y esperan: no hay una mirada que no esté fija y como fascinada por el espectáculo.

La tripulación comienza a entrar en la barquilla: Nadar, hombre corpulento, brillante figura, jefe de la expedición, es el primero que aprieta la mano de sus amigos, y se lanza en ella: luego le siguen, haciendo lo mismo, Camilo Dortois, capitán del Eolo, Simonin, de la escuela de Minas, Brieux de la Normal. Sourel, del Observatorio, Wilfrid de Fonvielle discípulo amado del sabio Arago, y otros cuyos nombres

ignoramos: a poco de esta despedida, aparecen de nuevo uno tras otro en lo alto de la barquilla, despojados del traje de sociedad, bajo la camisa de lana, garibaldina destinada a neutralizar el frío de las altas regiones, y a dejar al hombre sus movimientos expeditos: cada cual ocupa su puesto: una señal trasmite las órdenes de partir: el lastre se derrama simultáneamente por uno y otro lado: la tensión de las cuerdas es grande: la voz *¡larga!* resuena con imperio; los viajeros saludan a la multitud, que lanza un grito prolongado, como había sido comprimido, y el Globo parte majestuoso a perderse en el seno de las nubes nacaradas.

¡Sensación rápida indescriptible, como las alucinaciones de los vértigos! Cuando se marchan a gran velocidad en las vías férreas, los puntos distantes, los hombres, y las cosas trazan líneas y fajas sinuosas, fantásticas a veces, pero nunca espantosas: la razón conserva su dominio y por su propio esfuerzo restablece los objetos que la vista deforma; en Globo las ilusiones ópticas, durante un momento, son vertiginosas: si miráis con fijeza y con valor hacia el punto preciso de partida, os creéis inmóviles en el espacio, y veis descender con asombrosa rapidez, con precipitación inmensa, el suelo, los hombres y los árboles; las manzanas pobladas de vastos edificios, las torres puntiagudas, las cúpulas soberbias, el barrio populoso, la inmensa Ciudad misma se hunden a vuestras plantas, por una vertical sin fin, hasta caer en un abismo oscuro, como en la noche final de los cataclismos. Si la barquilla se mece, se oblicua, los edificios y todas las cosas parecen moverse, quebrantarse, salir de su asiento y sepultarse en un antro de ruinas espantosas!

Pero la angustia de este vértigo opresor es poco duradera: en cortos segundos el Globo se aleja del lugar de la catástrofe aparente, y nos lleva a una región de equilibrio en donde ni sube ni baja: allí marcha tranquilo en una misma zona, a merced de los céfiros, y nos permite contemplar el bajo mundo: ¡Paisajes singulares! Los peñascos escarpados y escabrosos, como las planicies áridas, parecen arenales; son superficies llanas a la vista, de color mate, que apenas se distinguen por un claro oscuro vago y dudoso: las vastas florestas que cubren muchas leguas, parecen porcioncillas aisladas de yerbas delicadas, de pastos artificiales: los ríos caudalosos semejan, de trecho en trecho, cintas de seda blanca, estrechas como cintas de hiladillo que reflejan

con fuerza los últimos rayos del sol: ¡Cuán pequeño parece entonces el gran dominio, la gran peana del hombre! ¿Y es eso, se dice uno a sí mismo, es eso lo que tanto se disputan entre sí los poderosos del mundo?...

La voz de mando interrumpe las reflexiones silenciosas a que cada cual estaba entregado. Una nube sospechosa que abarcaba el distante horizonte y marchaba con velocidad sorprendente, anunciaba con rumor extraño la tempestad, – ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Fuera el lastre! Exclamó con fuerza el capitán, y al punto se vaciaron en la atmósfera numerosos sacos de arena: la inmensa máquina, libre de aquella ligadura misteriosa que por tantos minutos la había retenido en una misma zona, pareció comprender el peligro que nos amenazaba, y en brevísimos instantes, como de un salto poderoso, se elevó a otra región más alta y más serena: el barómetro bajó con rapidez, el termómetro descendió de +12° a 4° bajo cero; las agujas de inclinación y de declinación sufrieron una larga perturbación antes de encontrar de nuevo su equilibrio; por último, el estampido agudo de los rayos, la luz siniestra de los relámpagos, que a veces iluminaba el Globo, y el estruendo sordo y lejano de los vientos, comprobaban que no habían sido vanos los temores del Aeronauta que nos dirigía por los tristes desiertos de la atmósfera. En estos momentos, una curiosidad irresistible nos arrastró a contemplar de nuevo los abismos: el espectáculo era terrífico y sublime, ¡sobre nuestras cabezas una atmósfera suavemente azul, y diáfana como el cristal más puro, daba libre paso a nuestra vista hacia la región infinita de los mundos, y nos permitía distinguir con claridad, a pesar de los rayos del sol, las estrellas de 3era y 4ta magnitud: hacia el oriente, la oscuridad nos parecía cercana y creíamos que estaba próxima a envolvernos en sus negras alas: hacia el occidente el sol nos ofrecía una inmensa bola de fuego que caía con lentitud sobre un horizonte lejano, tras del cual iba a sepultarse para siempre: en fin, hacia nuestros pies, mil y mil ondas de colosal magnitud se sucedían con rapidez, afectando ora un mar de llamas, ora inmensas montañas de humo denso, ora profundas cavernas de una oscuridad completa! ¡Ni un ave surcaba por los aires! ¡Ni un solo hombre desplegaba sus labios en aquellos momentos solemnes!

Por un movimiento instintivo me acerque más de lo regular al viajero que estaba más próximo. Sin hablarme, comprendió sin duda mi

asombro, y sin mirarme tomó y apretó suavemente mi mano: contemplaba con intensidad un pequeño instrumento que tenía en la izquierda, y calculaba de memoria: era un anerode de bolsillo, de una construcción en extremo delicada. Tenía este hombre como de 55 a 60 años de edad; su semblante era sereno sin afectación, impasible pero simpático: su estatura era regular, su contextura fuerte, sus ojos azules, y su cabellera empobrecida y blanca. Su traje, tan distante de la moda como del abandono, era serio y brillante.

Cuando concluyó su observación y sus cálculos, me miró con interés y me dijo con familiaridad. "La tempestad va de paso: ha sido grande y recorrerá algunos centenares de leguas; no quiera Dios que descienda a los campos".

— ¡Hemos corrido un gran riesgo!

"Sí: me replicó, el riesgo de morir en el aire. El mismo que corremos a cada instante y en todo lugar; ¿qué diferencia hay entre morir en la tierra, en las ondas amargas del mar, o en la región de las nubes? Desde un punto cualquiera del espacio, desde un instante cualquiera del tiempo, hasta la insondable eternidad, hay siempre la misma distancia. Y luego, Señor, ¿sabéis acaso si lo que llamamos morir no es recomenzar una vida mejor, más intelectual, más pura y más duradera?".

—Tenéis una serenidad admirable en los peligros, y una filosofía severa y consoladora.

"La serenidad se adquiere con la costumbre: me he familiarizado con estas ascensiones y he visto muchas veces estos terribles fenómenos. Estamos como a 4,800 metros sobre el nivel del mar: los Pirineos están bajo nuestras plantas, la rasante que pasa por ellas se aproxima al vértice del Monte Blanco y estamos bien distantes aun de la altura del Aconcagua, y más todavía del Himalaya, desde cuyas cúspides se observan tempestades muy frecuentes, más poderosas y más brillantes que la presente. Por lo demás, añadió sonriéndose, soy alemán y no puedo menos de tener algo de filósofo. Gracias a las elucubraciones pertinaces de mis compatriotas, he aprendido a separar, siempre que es posible, el pensamiento, de las sensaciones vagas; la idea pura, de las imágenes confusas que la oscurecen. ¡Vivir!... vivir no



es quizás más que *aprender*: morir es, tal vez, *llegar a saber*. Dios, el Universo, el Hombre, he aquí el gran problema de todos los tiempos, de todas las generaciones: su estudio es el más noble ejercicio de la vida, y debe ser la vida misma. ¿Más que sabemos, mientras vivimos, de todo ello? ¡Apenas alcanza nuestro espíritu a deletrear estos grandes nombres!... Pero son ya las seis de la tarde y pronto debemos bajar a tierra. ¡Esta ascensión no avanzará un solo paso hacia la solución de la navegación aérea!

–Puesto que buscáis esa solución sin duda que la creéis posible.

“¿Y por qué no? ¡Como negarla, cuando casi no ha comenzado aun su estudio! Yo preferiré siempre el *Nil mirari* de Horacio, al *tutto negare* del Aretino: vos mismo, que me parecéis de las Colonias españolas, debíais tener presente, en toda ocasión dudosa, el ¡quién sabe! de vuestro gran Calderón de la Barca. ¿No son en efecto realidades de hoy, las utopías de ayer? ¿Quién sospecharía siquiera los hechos de Hércules, o las fuerzas de Sansón cuando estaban en la cuna? ¡Oh! Nada significan las negaciones inconscientes de la ciencia oficial, de los tribunales de la opinión en estas cuestiones: aquí, en los límites de lo desconocido, no hay más que dos campos: el de los que fallan a priori por lo que saben, y en virtud de una dirección anterior e incontrastable de su espíritu; y el campo de los que tienen la voluntad de saber más y sin abandonar la ciencia del pasado, ponen manos a la obra y se lanzan en pos de la ciencia venidera: aquellos lo niegan todo: ellos negaron el movimiento de la tierra, y la tierra divulga incesantemente por los espacios la gloria de Galileo. ¡*e pur si muove!* ellos proclamaron como una aberración de espíritu humano la idea de sustituir el vapor del agua a la fuerza animal, y ese vapor domina hoy en la navegación y en la industria y hace la grandeza de muchas naciones: ellos en fin, imbuidos en la potencia esterilizadora de la negación, han declarado en nuestros días que transmitir el pensamiento a distancia por medio de las fuerzas magneto-eléctricas, no pasaba de ser una brillante ilusión, y sin embargo, Morse, el benemérito de la América, ,había dotado ya a la patria de Washington, de los beneficios de los telégrafos!... ¿Por qué pues había yo de creer la palabra no de los quietistas de la ciencia? La ilustre familia de Ícaro, interrumpida durante muchos siglos, que reaparece con todo su vigor, con todo su movimiento, con todo su entusiasmo, con todos sus sacrificios, buscando ese más allá que

anhelan los hombres, es, lo confieso con orgullo, la familia de mis simpatías”.

–Pero el problema de la dirección permanece estacionario. Estériles parecen basta ahora los esfuerzos, por otra parte muy plausibles, que ha intentado la mecánica: la electricidad misma se declara impotente, si mis noticias son ciertas. Ni Jacobi en Rusia, ni el abate Delnegro en Italia, ni Davidson en Inglaterra han conseguido grandes resultados: no han sido tampoco más felices Payne, Taylor y Page en América, el vizconde de Lacressonniere en Lausana, Wagemann en Fráncfort; ni Froment, ni Armanjat, ni Paterson en Francia.

–“Así es la verdad, por el momento; pero estos trabajos no serán infecundos: vendrá su hora. El elemento mecánico no representa, en el estado actual de la cuestión, más que la impaciencia connatural al espíritu humano, que se despierta siempre que se agita un gran problema. Obreros ardientes, quieren sorprender en su entusiasmo el secreto del porvenir: ellos trabajan con ardor creyendo que de sus manos va a salir la obra completa, como salió Minerva de la frente de Júpiter. Se engañan, pero allanan las asperezas del camino: sus obras serán parte de la obra: ellas no son esta; pero esta no será sin ellas. El rail existía a principios de este siglo, el carro tirado por caballos, rodaba sobre el rail conduciendo enormes pesos: la máquina de vapor funcionaba en la misma explotación y frente a frente de uno y otro: por todas partes se hablaba de la conveniencia de aplicar el vapor a la tracción ¿por qué pues no se aplicaba? Lo mismo sucedió con la navegación: todo problema requiere un tiempo para madurar y un hombre para resolverlo. Pronto, muy pronto se consumará ese tiempo y aparecerá ese hombre para la navegación aérea, como apareció Fulton para la navegación marítima. No lo dudéis, el hombre que ha de reunir los elementos dispersos de la aerostación está próximo a llegar: un poco más de estudio acerca de la atmósfera en la atmósfera misma, un nuevo giro a las aplicaciones eléctricas, un propulsor que saldrá de los propulsores conocidos, un productor de hidrógeno, liviano y resistente, y el hombre, el hombre del nuevo elemento, no faltará a su hora, ni en su puesto”.

--¡Quién sabe! iba yo a exclamar, cuando la voz del Capitán vino a impedírmelo ¡listo a las anclas: a descender! él mismo tiro durante un momento de la cuerda, y mantuvo abierta, por unos instantes, la

válvula que corona el Globo. El gas salió con rapidez y abundancia a perderse en el aire y el Gigante comenzó a bajar con la velocidad de una flecha; mas a poco su movimiento de descenso comenzó a retardarse: eran las capas inferiores de la atmósfera, que más y más densas cada vez, tendían a mantenerlo en equilibrio. El Capitán consultaba el barómetro de hito en hito, y su mano abría de nuevo y con circunspección la válvula: el globo continuó descendiendo lentamente, hasta que bajo a una altura conveniente para arrojar el ancla: ésta cayó al fin al suelo, y se arrastró un tanto por el césped, hasta que hizo presa hincándose en un obstáculo. Poco después, el inmenso bajel de seda y de juncos reposaba tranquilo sobre la madre tierra: estábamos en Longjumeau y el sol lanzaba sus últimos destellos hacia las alturas, dejando libre el campo a las sombras, que lo envolvían con rapidez por todas partes.

Mientras los aeronautas acababan sus operaciones para plegar la inmensa tela, mi compañero accidental de viaje y yo nos dirigimos a la inmediata de la vía férrea, para tomar asiento y volver a París. Guardamos silencio durante el trayecto: las emociones de la tarde nos inclinaban a una meditación vaga y muda: nuestro espíritu parecía recogerse en sí mismo.

Cuando estuvimos en nuestros asientos, dije, como hablando conmigo mismo:

–Evidentemente, el hombre es descendiente y heredero forzoso de Anteo: su dominio es la tierra; solo cuando sus plantas se afirman en ella se siente seguro, solo entonces respira con valor, solo entonces es fuerte y dueño de sus movimientos.

“Y heredero también de Dédalo y de Ícaro (3), me replicó el viajero, bañando sus palabras en aquella sonrisa bondadosa, que atenuaba admirablemente la contradicción; en efecto ¿Por qué despojaríamos al hombre de la gran conquista de los mares? ¿Por qué lo disuadiríamos de la conquista, más importante aún, de la ancha vía de los aires, que ha emprendido? Por razón de seguridad... ¡fútil paradoja! La imaginación multiplica los siniestros: los tristes nombres de Pilatre-de-Rozier, de Madama Armut, la interesante e intrépida viuda de Blanchard, de Arban (4) y de algún otro, que han perecido lamentablemente en estas ascensiones, dan una tinta lúgubre de melancolía a la navegación aérea,

y hacen olvidar el número relativamente extraordinario de las ascensiones felices: desde Charles y Robert, hasta Gay-Lussac y Biot, y desde estos hasta las ascensiones periódicas y regulares de nuestros días. ¡Cuantos y cuantos hombres no han viajado por los aires sin el menor accidente! Se puede asegurar que ninguna de las desgracias ocurridas en el aire ha sido fatal, y que cada una a tenido por causa una imprevisión o una imprudencia, que pudieron evitarse. En el Océano aéreo no hay escollos ocultos que rompan la quilla del bajel, a pesar de la incesante vigilancia del piloto: las tempestades se ven venir de lejos, lo mismo y aún mejor que se ven en los mares; pero el bajel de los aires, más rápido y más libre que el mejor de los buques, puede esquivarlas casi siempre, y contemplarás a sus pies, o sobre su cabeza, como desde el puerto más seguro. Hasta que la inventiva del hombre no perfeccione el Ictíneo (5) que se prosigue en España, y mientras la industria no la propague, la navegación marítima será inferior, en esta parte, a la navegación aérea.

–Comprendo esas ventajas relativas y me persuado de que al fin el hombre acabará por vencer los inconvenientes con que hoy lucha la navegación aérea. La filosofía, la observación, las ciencias y la industria lo impelen de un modo irresistible en la gran vía de los descubrimientos, y ponen en sus manos cada día nuevos y poderosos instrumentos, para realizar sus atrevidas concepciones: él posee la familia de los gases y los medios de aumentar y de disminuir fácilmente sus densidades: él gobierna casi a su antojo las fuerzas misteriosas del magnetismo y la electricidad: la mecánica no le opone dificultades insolubles: nuevas materias, debidas ya a la investigación ya al acaso, aumentan sus medios de acción y las probabilidades de buen éxito para su propósito; con todo esto, convendréis conmigo en que el hombre se siente mucho mejor en la tierra, que en la mansión accidental y solitaria de las aves; más sereno, más seguro sobre su robusto trono, que suspendido en ese halo, diáfano y casi impalpable, que lo rodea.

“Disiento con pena de esa conclusión semi poética. En lo primero entran por mucho los hábitos contraídos: marinos hay que sufren mucho en tierra, que no se sienten bien sino en la mar: acaso cuando los hombres se hayan acostumbrado a vivir en las regiones puras de la atmósfera no podrán tolerar con gusto, ni el lodo, ni el polvo, ni la aglomeración, ni el ruido, ni los olores del aire infecto y corrompido de nuestras ciudades:

probablemente la salud de los que vivan más tiempo arriba, será mejor que la de los que vivan abajo. Ya veis que, por esta parte, no ha tratado la suerte de un modo peor a las aves que al hombre: que halo es preferible al trono”.

“Por otra parte, si yo hubiera de pasar la vida temiendo a los peligros de muerte que nos rodean en este mundo, no vería sin preocupación las causas que amenazan sin cesar ese trono que os parece tan firme, y cuyos fundamentos vacilan con frecuencia y tienden constantemente a envolvernos en humo y llamas o a sepultarnos, aun en medio de los continentes, en las ondas saladas. Las revoluciones del globo que habitamos señalan su paso en todos tiempos de un modo terrible: esta película terrestre, o si queréis ésta débil corteza, que os inspira tan ciega confianza, es una insignificante capa de cenizas, una escoria cuyo espesor tiene poco más de tres milésimas partes del diámetro medio del planeta; ella encierra una enorme masa incandescente en donde entran en una fusión turbulenta la plata, el granito, el platino y mil y mil sustancias que seguramente nos son todavía desconocidas: aun cuando no fuera exacta rigurosamente la teoría probable de un inmenso calor central, siempre sería cierto que en el mundo subterráneo se desenvuelven acciones químicas, tempestades eléctricas, incendios prodigiosos, cuya pujanza y magnitud apenas podemos colegir por sus colosales efectos. Interrogad, si no, a esos testigos imponentes de la destrucción pasada ¿qué fue de las poblaciones tranquilas que presenciaron las tremendas convulsiones, de donde salieron esas masas enormes de montañas, cuya edad y cuya posición relativas procura definir con claridad Mr. de Beaumont? Los hombres que, como nosotros, vivían confiados en el reposo aparente del suelo, y habitaban esas depresiones que se formaron e inundaron súbitamente, esas hondas abolladuras que llamamos mediterráneos, lagos y golfos, ¿qué seguridad tuvieron? Los mil volcanes extinguidos, los mil volcanes ardientes que tenemos a la vista ¿no han socavado con furor las entramas de la tierra? ¡Qué inmensas cavernas bajo nuestras plantas! Las habitaciones lacustres, esos depósitos considerables de armas, de utensilios domésticos que yacen hoy en el fondo de los lagos, y que el hombre encontrará también un día, por muchas partes, en el fondo de los mares, nos dicen muy alto el valor real de nuestra estabilidad sobre la superficie de la tierra! Un vacío súbito, una presión repentina y excesiva en las hondas cavidades del planeta, pueden

conmover vastísimas comarcas y sepultar en un instante las ciudades más populosas, bajo sus propias ruinas”.

–Tenéis razón: en último resultado, el hombre está sujeto a desaparecer de esta brillante escena de la vida por mil causas fatales, independientes todas de su voluntad: el medio en que le sorprenda el último trance, no tiene influencia alguna en este su destino inevitable. Pero nos acercamos a la ciudad de las luces y de los espectáculos: sus fundamentos parecen inmóviles por el momento, o por lo menos, sus oscilaciones son inapreciables; ellas no nos impedirán, si lo tenéis a bien, que cenemos juntos, adulando al mismo tiempo los sentidos con el magnífico concierto que dirige Strauss, en el círculo internacional del Parque.

–“De muy buen grado. La hora y el lugar de la invitación, “son muy oportunos”.

–Os aseguro con sinceridad, que de todos estos brillantes días de la Exposición, ninguno dejara un recuerdo más grato en mi memoria; ninguno una impresión más fecunda en mi espíritu, que el de hoy. Considero vuestra amable compañía como un feliz hallazgo.

–“Sabía, me replicó con su habitual sonrisa, sabía que los hombres de vuestra nación han sido siempre galantes y caballerosos por carácter; pero creía que no desplegaban estas cualidades sino en el trato con las damas; veo ahora que no sois menos diferentes para con la edad. La locomotriz ha llegado a su término: estamos en la estación del Parque. Bajemos”.

–Bajemos y adiós a la locomotriz por hoy. ¿Creéis acaso que este modo de tracción sea definitivo, o al menos, que esté destinado a una larga duración, como sucede con las velas de los buques por ejemplo?

–“No por cierto; creo al contrario que está amenazado muy de cerca por otros sistemas nacientes. Los capitales comprometidos, los intereses creados por los caminos de hierro son muy considerables, y las numerosas industrias que de ellos dependen, defenderán por mucho tiempo su derecho de posesión; mas no es imposible que sucumban o se transformen. No recorro para estas previsiones a la sorpresa que puede experimentar de un momento a otro el mundo industrial con la aparición de una abundante producción de las fuerzas magneto-eléctricas, aunque

no sea ya posible desconocer que la hora está próxima. Auriol, ese equilibrista singular que ha maravillado a París con sus ejercicios rápidos sobre una bola, ese hombre, parece haber traído al mundo una idea, un hecho nuevo. ¿Habrá logrado fecundarla, realizarla Mr. Rebours en su Wagon de plataformas viajeras, de peso fugitivo, como algunos lo llaman? Él afirma que por este medio, un niño puede conducir un convoy cargado desde París a Marsella, aun reposando en el trayecto, sin disminuir la velocidad. Las economías consiguientes serian cuantiosas. Los modelos no son siempre, a la verdad, una demostración inconcusa de los nuevos principios, de la utilidad real de los objetos que representan; per ¡quién sabe!...

–Si así fuera, resultaría contradicción entre este hecho y los principios recibidos acerca de la gravedad, de los rozamientos, de la inercia.

–“De ningún modo. Todo eso que llamáis gravedad, rozamientos, inercia, revelaría entonces otro punto de vista; jamás el hombre ha agotado, jamás agotará todas las consecuencias que encierra una sola verdad. El Wagon Rebours, no seria, dado el caso, más que una de estas consecuencias hasta ahora desapercibidas. De todos modos, los países que no han emprendido hasta el presente esas obras fecundas, pero costosas, deben al emprenderlas sondear bien todas las ventajas y los inconvenientes, todos del problema”.

–Pudiera decirse, al ver como se suceden los inventos y como se reemplazan las ideas, que el gran conjunto de los hechos que llamamos hoy “civilización”, no está destinado a satisfacer, sino a estimular las necesidades físicas y morales de la especie humana. Ni el cuerpo ni el espíritu reposan: un afán incesante los compele y devora. Los inventos de hoy amanecen envejecidos al día siguiente.

–*Nil actum reputans si quid superesset agendum.* En el orden moral, como en el orden físico, es infinito lo que aún queda por hacer para pensar que el hombre pueda reposar sobre lo que ha hecho. ¿No es doloroso y sorprendente, al recorrer el Grupo X de la Exposición, encontrar de nuevo esta triste confesión, pronunciada bajo la forma de un solemne voto en 1852, por el Jefe mismo de esta Francia, tan poderosa, tan culta y tan poblada? Yo quiero conquistar para la religión, para la moral y para el bienestar, esa gran parte de la población que, en

este país de fe y de creencias, ¡NO CONOCE TODAVIA LOS PRECEPTOS JESUCRISTO! Y si esto pasa en el seno de la Francia, en el corazón mismo de la Europa humanitaria y sabia, pensad lo que será de los hombres en esas vastas comarcas del mundo, en donde reinan soberanamente la ignorancia, la superstición, la esclavitud y la miseria. ¡Contemplad pues, la magnitud de la obra y decidme luego si ha llegado el momento de reposo: si el espíritu humano, satisfecho de sí mismo, debe descansar tranquilo sobre sus laureles!"

- Vuestras palabras dilatan el campo de la idea y abren al pensamiento nuevos y hermosos horizontes. Habéis citado el Grupo X, esta exposición dentro de la Exposición, que participa del todo y que parece una entidad distinta: Os confieso que al querer sintetizar este hecho singular, nuevo en esta clase de concursos, mi espíritu divaga sin poderlo conseguir. ¿Es el precursor de una de esas grandes revoluciones del sentimiento humano, favorable al progreso del bien? ¿Es una amenaza, una conquista o simple y sencillamente, una restitución justa, una reintegración moral, del trabajador en los más nobles beneficios sociales? La significación precisa del Grupo X (6) se me escapa: Sus siete clases no me dicen lo bastante.

—Ellas no comprenden ostensiblemente todo lo que, en su fondo filosófico, abraza este importante grupo. Son dignos de estudio esos numerosos métodos intuitivos de enseñanza que llevan con rapidez al espíritu de los niños los gérmenes de una instrucción sana y fuerte: como en su mayor parte tienen por objeto a las clases trabajadoras, niños o adultos, casi todos se distinguen por la economía de tiempo que procuran. Observad los progresos que se les deben: los hijos de los obreros mineros y fundidores del Creuzot, presentan en la Exposición de la sociedad de este nombre, una escritura elegante, una ortografía correcta, cálculos bien resueltos, dibujo de máquinas de una ejecución exquisita. No creáis que en estas escuelas se deja el alma en las sombras; las relaciones entre el Criador y la criatura, se explican y comentan con veneración: el amor filial, el amor patrio, la fraternidad humana son objeto también de sus bien calculadas conferencias; el trabajo manual es sin embargo el objeto principal de esta vasta asociación. Como esta pudiéramos citar un número considerable de Sociedades, que dispensan a sus obreros el mismo bien, en Inglaterra, en Alemania y en una gran parte del resto de la Europa. ¿Qué las mueve



a restringir las horas de trabajo de la infancia? ¿Por qué se esfuerzan en cultivar con esmero estas inteligencias, durante una buena parte del tiempo que, en otras épocas, se consagraba integro al trabajo físico?

–“Ciertamente por las mismas causas que han producido el gran movimiento de las Sociedades Cooperativas para proveer a las Clases laboriosas de alimentos sanos y de vestidos fuertes e higiénicos, a precios verdaderamente módicos”.

–“Y de habitación modesta, pero amplia, pulcra, llena de luz y de aire: habitación propia para hacer olvidar al hombre las fatigas del día, durante las noches; de la semana, durante las fiestas, sin recurrir a los parajes de la corrupción: la salud y la moral del pueblo se regocijan y aplauden cada vez que se construye una”. –Notad bien el hecho. No es solamente el poderoso Emperador de los franceses (7), el protector de todos estos pensamientos generosos y trascendentales; no son únicamente las grandes explotaciones urbanas, agrícolas e industriales, las que emplean el capital en estas obras: las fibras sensibles y el espíritu previsor de la Sociedad moderna se conmueven a una en presencia de estos nuevos problemas. Ya los individuos, con sus propios recursos, comienzan también a resolverlos. ¿No hubo un tiempo, poco lejano de nosotros, en que todas las almas, como todas las riquezas, se entusiasmaron a porfía, y se volvieron hacia la erección de los Conventos, de las Capillas y de las Ermitas? ¡Quién sabe si las habitaciones obreras, no llegan a ser una necesidad intensa de los tiempos venideros!

Como quiera que sea, puesto que el grande objeto es moralizar al obrero, ennobleciendo su carácter por medio del trabajo, estas casas no son ni temporal, ni definitivamente gratuitas; ellas se construyen con las mayores condiciones de una estricta economía y se arriendan al precio más bajo posible, o se venden a los más largos plazos que las circunstancias permiten, pero el inquilino o el comprador tienen la convicción de que al llenar las cláusulas del contrato pagan el capital y los intereses, reintegran el valor de la finca.

–De este modo, adquieren la propiedad por el trabajo. Comprendo pues que puedan decirse a sí mismos, con plena satisfacción, esta habitación en que se abriga mi familia, es el resultado de mis esfuerzos; sin el concurso eficaz de mis semejantes yo no hubiera podido adquirirla, pero no he extendido la mano para pedirla, ni he impuesto a nadie la menor privación para obtenerla. Mas lo que no alcanzo a explicarme es, cómo con un jornal tan miserable puede el jornalero alcanzar estos resultados.

–“Por la previsión y la economía. Las sociedades de socorros mutuos que se han multiplicado en el seno de todos los grandes talleres, de todas las explotaciones importantes, proveen con profusión en los casos de enfermedad: las cajas de ahorro, servidas con fidelidad, y utilizadas con severa constancia, conducen al hombre pobre y laborioso, con más rapidez de lo que se piensa, a una situación tranquila y desahogada. Por otra parte son muchos los industriales y los grandes capitalistas que consagran una porción de los beneficios del trabajo a premios de estímulo, y a pensiones de retiro para la vejez, o para los que se inutilizan por una desgracia. ¡No más miseria para el obrero enfermo, ni para aquel a quien la edad ha condenado al reposo! ha dicho Napoleón III en 1850, y en 1866 ha repetido ¡la industria tiene a sus heridos, como la guerra!”

“Añadid a todo esto los Baños y los Lavaderos públicos, cómodos y salubres: recordad los Hospitales, Manicomios, las Convalecencias, los Socorros a domicilio y los Salvamentos de mar.”

“Mirad ahora esas exhibiciones de aspecto serio, casi pobre, que se levantan modestamente no lejos de nosotros ¡cuán ricas de luz moral, de bien y de porvenir para el alma del hombre! En la una encontrareis, durante las horas del día, numerosos niños de menos de tres años, rodeados de infinitas precauciones para su seguridad y bienestar: cunitas y lechos cómodos y sencillos, andaderas seguras e ingeniosas, son los muebles de esta edad. Aseo esmerado, vigilancia continua, celo incansable de la caridad son sus caracteres distintivos. Es este el primer grado de los Asilos modernos, casas dichosas de verdadera maternidad. Aquí dejan las obreras sus niños durante las horas de trabajo, y aquí vienen a lactarlos en los momentos de reposo. Entre los dos y tres años, pasan ya estas criaturitas a los Asilos de enseñanza, propiamente dichos. ¡Hermoso y patético espectáculo! Al compás de los cantos más puros y más sencillos se elevan estas tiernas almas a las grandes ideas: la Religión con sus máximas fuertes y profundas, la Patria con todos sus dones, la creación con el lujo prodigioso de su inmensa variedad, el respeto al trabajo, la costumbre del orden, el amor de la humanidad son los pensamientos que sirven como de alimento continuo a estas preciosas reuniones de pequeñuelos. Aún no saben hablar y llegan a conocer los elementos de la lectura, de la escritura, de la numeración y aun del dibujo. Vienen las horas de comer, y las cestas mejor provistas se colocan al lado de las más pobres; el banquete se generaliza, el pudiente parte contento con el menesteroso, sin hacer alarde de su santa obra: la alegría se revela en todos los semblantes, y el contento general estalla entre bulliciosas

exclamaciones. ¡Verdaderamente el espíritu Dios reina en estos Asilos de la caridad!”

–Imposible es que un alma sensible, medianamente cultivada, no se sienta hondamente conmovida en presencia de estos espectáculos tan tiernos como sublimes.

–“Sí: involuntariamente el pensamiento vaga silencioso, siente las consecuencias evangélicas de estas casas de piedad, y se abandona a un movimiento de ternura inexplicable, como si un eco misterioso repitiera sin cesar *¡sinite parvulos venire ad me!*

“¡Sí! en la infancia esta la savia generosa de la humanidad, ¡felices los pueblos que la cultivan con esmero; desgraciados los que la desdeñan o corrompen! Aquellos cogen frutos de vida y de bendición: hasta la sombra de estos es mortífera.”(8)

“Pongo también en el grupo X, esa otra exhibición que se intitula Protección a los animales, cuyos modelos, utensilios, cartillas y máximas contienen más de una utilísima enseñanza. ¿Y por qué no la incluiríamos? ¿No entra acaso en el mismo orden de ideas, no contribuye a aminorar el dolor, no propende a mejorar la condición moral del hombre, enseñándolo a no ensañarse brutalmente con los seres inferiores?”

“Y esa otra que se distingue sencillamente por una cruz roja en campo blanco no merece entrar en la enumeración, está destinada a salvar a los hombres, en los campos de batalla, de los dolores horribles y a veces de la muerte misma, por la pronta curación de las heridas que en un momento de furor insensato se causan en los combates. Las sociedades para socorro de los heridos militares se propagarán en el mundo, y cuando sean fuertes, ejercerán quizás una grande influencia para evitar guerras inútiles. Entre tanto, nada hay tan bello en el mundo moral de nuestros días como ese sacrificio del hombre, y sobre todo de la mujer; sacrificio verdaderamente cristiano, que arrostra las privaciones y sufre los inconvenientes de la disciplina de los campamentos, para atenuar el dolor del soldado herido, o para llevar un consuelo al alma que de este mundo se ausenta.”(9)

“Las incalculables producciones que da a luz diariamente la prensa; esa literatura de textos, de apólogos morales, de noticias

históricas, científicas y de viajes, animadas, sensibilizadas por un grabado correcto: ese número infinito de Evangelios, de preces, de votos religiosos que se reparten a manos llenas por el mundo, como los veis repartir diariamente en el edificio del Parque que tenemos en frente; todo ese gran movimiento de la parte sana de la literatura popular de nuestros días, entra también en la grande obra. El espíritu del pueblo se fortifica, su alma se eleva y su corazón se mejora.”

–Comprendo ahora esos clamores que por todas partes se levantan pidiendo la reforma de las prisiones, la revisión de las leyes penales, y hasta la abolición de la pena de muerte. Una educación que propende a ennoblecer al hombre a sus propios ojos, y que intenta purificar su conciencia, es absolutamente incompatible con toda institución sensual, cruel o deprimente.

–Tenéis razón: del contacto de la sensibilidad y de la conciencia humana bien preparadas, brota una luz nueva e intensa que ilumina los horizontes más lejanos. La ceguera del entendimiento no es menos digna de conmiseración, que la ceguera de los ojos. La pena de muerte, en materia política, está ya juzgada; es el asesinato jurídico, y a sangre fría, impuesto por el vencedor al vencido, el día después de la batalla. En general, la historia nos enseña que a estos actos de crueldad la conciencia humana responde siempre con la apoteosis de la víctima, y con la idolatría de la opinión vencida. En materia común, la pena de muerte está en tela de juicio: sus defensores no pueden levantar esta objeción. Si los tribunales son falibles, si su misión es de reparación y de justicia. ¿Cómo revocarán esta pena irreparable cuando se demuestre la inculpabilidad del reo aparente que la ha sufrido? Creo firmemente que caminamos con seguridad hacia los sistemas penitenciarios, purgados de los peligros de locura y enervación, a que son, por desgracia, muy ocasionados. La sociedad convertirá un día nuestros reos de muerte, en hombres arrepentidos: hará hombres útiles en lugar de cadáveres.”

–¡Interea fugit irreparabile tempus! repliqué yo con marcada tristeza.

Mi interlocutor lo comprendió, y apelando a su ingenua sonrisa, trató de imprimirle otro curso a la conversación. Mirando su reloj me dijo:

“El sol es en este momento, nuestro antípoda. Hemos cenado: las notas del concierto han ido a perderse con sus armonías, en las armonías más admirables aun de la tranquila noche, y no nos hemos apercibido de nada. Hora es, si os parece bien, de retirarnos. Las excursiones del día nos demandan el reposo de un sueño reparador”.

–Os acompañaré, si me lo permitís, hasta dejaros en vuestra casa.

–“Acepto el obsequio.”

Bajamos las escaleras del Círculo, tomamos carruaje y ya instalados en nuestro vehículo, se reanuda por sí misma la conversación.

–Me parece, Señor, que se equivocan grandemente los que no ven en las causas del Grupo X más que un interés dinástico del nuevo Imperio. Hechos de esta magnitud reconocen siempre un origen más noble y requieren una explicación más grave.

–Más razón tendrían en atribuir a esta causa los hechos todos de la Exposición completa. Su explicación sería quizás más justa, si, a lo menos, atendiendo a determinados precedentes, descansara en las propensiones socialistas que, en la mejor acepción de la palabra, se atribuyen en Europa al hombre ilustre que dirige hoy los destinos de esta gran Nación. De todos modos ¿qué otra cosa puede hacer un grande hombre para merecer las simpatías de un gran pueblo cuando la acción del tiempo y de las leyes ha enervado su iniciativa propia, sino es promover y difundir el bien por todas partes, y, con más abundancia, en las clases que más lo necesitan? Sus trabajos personales, sus nobles actos, sus esfuerzos decididos para mejorar la condición física y moral del pueblo, son notorios; pero si no puede negarse que la buena influencia del Emperador se revela por todas partes en este asunto, dentro y fuera de la Exposición, preciso es también reconocer que el Grupo X representa un gran movimiento moral de la sociedad moderna.”

–A la verdad, ese movimiento es tan esencialmente humanitario; quiero decir, tan connatural a la sensibilidad de nuestra especie, que se hacen inconcebibles lo tardío de su aparición y la lentitud de su acción entre los hombres ¿Cómo es que los pueblos de la antigüedad, que tan grandes cosas hicieron, no nos han dejado ningún monumento en esta vía?

“¡Imposible! Ellos no sentían en sí las fuerzas portentosas de la caridad, ni comprendieron nunca la idea filosófica-económica que encierra en sus entrañas el trabajo: nosotros mismos estamos atravesando un período de vacilación, y tardaremos mucho todavía en encontrar la alianza más perfecta del sentimiento y de la idea. Grecia, cuyo vasto ingenio y cuya índole suave pudieron elevarla hasta estas hermosas concepciones, se abandonó a los sofistas y se perdió miserablemente en un sensualismo tanto más enervador cuanto fue más culto. Adoró la forma en la mujer, en el mármol, en la palabra y hasta en la idea: pero no penetró jamás en las regiones del sentimiento, no amó al hombre. Sus momentos inimitables, así como los documentos que nos ha dejado en las letras, son hijos de un intelecto estético, nunca de una sensibilidad humanitaria. Sófocles nos mantiene siempre entre las angustias del terror; rara vez conmueve nuestra ternura: la burla de Aristófanes envenena o mata, y la humanidad paga en sus manos, caramente, la risa cruel con que la engaña. Sus historiadores narran admirablemente, pero son impasibles, cual si no conocieron el dolor moral: sus líricos embriagan el ánimo en el amor o lo enardecen en los combates, pero no cantan jamás ni los dolores ni las alegrías de la humanidad: todo en ellos es griego, ático, poco o nada hallareis que os revele un sentimiento universal, cosmopolita. En vano busca Sócrates a Dios, al alma y a la verdad; lejos de comprenderlo, su tiempo se escandaliza de tanta temeridad, y el Areópago de la sabia Atenas, " Sanhedrin de la época, extingue al soplo de una sentencia inicua aquella luz viva que lo ofusca y ofende. En vano graba Platón con rasgos inmortales los caracteres indelebles del justo sobre la tierra; en vano pinta con los colores de la verdad y de la vida el cuadro seductor de la felicidad moral del hombre, en vano en fin clama desde el fondo de sus entrañas, y denuncia al mundo aquella Caverna sombría y prolongada, triste habitación de la inteligencia, en donde el hombre es una sombra, la verdad una quimera y el bien una ilusión inaccesible ¿Quién podía escuchar su voz sublime, y ayudarlo a mejorar la condición física y moral del hombre? ¿Quién, cuando Aristóteles, la cabeza más fuerte de la época, tenía el corazón endurecido hasta el punto de prescribir en su Política, como regla perfecta de conducta, que “el amo debía enviar el esclavo a beber en el río con las bestias!”

–Cuadro desconsolador que yo no esperaba. Tal vez Roma, menos afeminada, de costumbres más severas, más emprendedora y fuerte

dejó en germen alguna institución benéfica que merezca vuestros elogios.

“¡Ojalá! Pero no, las ilusiones de la escuela, el entusiasmo irreflexivo de la primera juventud, no son el criterio de la historia. Para los adoradores de la fuerza, Roma será todavía por mucho tiempo una sociedad deslumbradora; para nuestro objeto, Roma es inferior a Grecia. La monarquía de sus tiempos heroicos empieza bajo los funestos auspicios de la sangre de Remo derramada por la mano fratricida de Rómulo, y acaba por el suicidio de Lucrecia, violada por la incontinencia de Tarquino. Tal es el resumen de la historia moral de este pueblo: la sangre y la violencia oscurecen desde la cuna sus potencias; en su virilidad, bajo la república, es implacable y cruel con la especie humana, en su senectud toca los abismos de la depravación y de la bajeza hasta el punto de aplaudir a los Bárbaros que desprecian la púrpura de los Césares.”

“Ocioso y cruel por educación y por oficio pide a voces en las plazas públicas pan y matanzas, *Panis et circenses*. Los grandes nombres que nos ha trasmitido no hacen vibrar jamás las fibras sensibles del corazón: Paulo Emilio, aquel guerrero filósofo y melancólico, que se enternece con noble elevación sobre la tumba de sus hijos, y que arenga a sus legiones con pureza y majestad acerca de las vicisitudes humanas, Paulo Emilio entrega al saqueo setenta ciudades de la Macedonia y reduce a esclavitud ciento cincuenta mil Epirotas. Catón, aquella virtud áspera, extemporánea y sublime de la época, clama como un energúmeno *delenda est Cartago* y nos parece oír un rugido salvaje del pueblo romano, cuyo corazón feroz anhela sojuzgar al mundo.”

“En lo interior no es menos horrible, el ejemplo que nos ha dejado este pueblo. Recordad los tormentos de la aristocracia bajo el poder de Darío, hombre ambicioso y brutal: recordad a Sylla que manda degollar seis mil hombres, a sangre fría, mientras preside el Senado; doce mil en Prenesta, infinidad en sus sangrientas proscripciones. Fulvia hiere con placer la lengua de Cicerón, cuya cabeza lívida la encanta: las matronas romanas aplauden asesinatos espantosos en el Circo. ¿Cómo pues habíamos de encontrar en este pueblo sensual y cruel, ocioso y sanguinario, momentos de amor a la especie humana? ”

"Era preciso que los hombres llegaran a comprender el doloroso y fecundo sacrificio del Calvario: era preciso que la voz del amor penetrara en el corazón de la humanidad, para que se disiparan las sombras del mal que le ocultaban las fuentes inagotables del bien que en si encierra. Solo dentro de los siglos de nuestra era y a pesar de la influencia antigua, podemos reconocer la huella augusta de la caridad no conocida por aquellos tiempos: el convento, el claustro en donde el hombre se retira del mundo para purificar el espíritu y orar por sus semejantes, el hospital para el enfermo desvalido, la escuela para todos, el respeto a la pobreza, la tolerancia de las opiniones, el ennoblecimiento del trabajo, el Asilo de los niños, el mejoramiento de las prisiones, la atenuación de las penas, y la igualdad de todos los hombres ante los ojos de un Dios de misericordia y de justicia, Dios de paz y de amor que se hace hombre y da su sangre para rehabilitar nuestra especie, es la grande herencia que nos legó Jesús con su palabra: y con sus obras inefables. Cuanto más se penetré de ellas nuestro espíritu, cuanto más profundamente se graben en nuestro corazón tanto más fácil nos será practicar el bien y legar a nuestros " descendientes mayor suma de felicidad."

—Pura y eficaz es vuestra doctrina; pero presumo que así como hay hombres bastante pobres para no poder ser útiles a los demás, así también hay pueblos sin recursos suficientes para emprender esa brillante carrera del bien. ¡Mi país, por ejemplo, la Isla de Puerto-Rico donde vi la luz del día, carece de medios, es un país pobre para aspirar a tanto!

"Ni hombres ni pueblo hay que no pueda llevar su piedra al edificio. Me sorprende, por otra parte, la calificación de pobreza que dais vuestro país. No he visitado su interior, bien a mi pesar, aunque estuve cerca; pero he visto el ganado que exportáis, y he probado su carne delicada en Kingston; sé que vuestros pastos son excelentes: en Nueva-York he tenido ocasión de ver vuestros azucares abundantes, y hace muchos años que Trieste, importa, para consumir y para reexportar, mucho Café de vuestro país. No me explico pues esa pobreza que os entristece; sin duda ella proviene de algún vicio radical en la distribución de los beneficios que deja siempre el trabajo. Tal vez, añadió con su sonrisa atenuante e insinuativa, tal vez vuestra "Economía Pública",



como, "vuestra economía privada", no son tan rigurosos en su aplicación reproductiva como conviene a vuestras necesidades ...."

Aquí terminó nuestra conversación: habíamos llegado a su casa: Nos apretamos entrambas manos con ternura, cual si nos hubiéramos conocido siempre y como en señal de un adiós indefinido: cambiamos nuestras tarjetas que llevaban por el anverso nuestros nombres, por el reverso nuestras fotografías respectivas, y nos deseamos felicidad recíproca.

Eran las dos cuando entre en mi cuarto: me acerque a la luz y leí su tarjeta, G. Müller, Profesor de Instrucción Primaria, Berlín. ¡Ah! Me dije, cuando los pueblos tienen Profesores como este hombre para la instrucción primaria, pueden tener también fe en el bien y confianza en el progreso.

Instintivamente murmuré entonces este pensamiento, modificándolo sin advertirlo...

*"¡Heureux les Peuples emplis de pícuses pensées!"*; Felices, sí, felices los Pueblos llenos de piadosos pensamientos!

Pocos momentos después estaba en mi lecho ni dormía, ni estaba despierto. La Exposición Universal había terminado para mí, y aunque todas las maravillas del espectáculo desfilaban confusamente por mi espíritu agitado, no eran ellas las que me inquietaban. Sentía además una necesidad moral profunda, un movimiento de gratitud que desbordaba mi corazón. Desde lo más íntimo de él daba las gracias más sinceras, como las consigno en este momento al Gobierno de mi País y a los hombres de la Comisión Provincial (10) que tan benévolamente me eligieron a fines de 1866, para ir a París; sin su bondad, yo no hubiera gozado de las bellezas de este gran certamen, ni mi entendimiento se hubiera poblado de nuevas ideas. No menos debo a los Excmos Sres. Conde de Moriana y Marques de Bedmar, comisario y vice-comisario regios, así como a los Sres. Ramírez y Echeverría, secretario y vice-secretario de la comisión nacional, cuyos auxilios han sido para mí preciosos.

Además, pensaba yo en aquel momento, como lo público ahora con placer, sin la eficaz cooperación de mi instruido, inteligente y laborioso amigo D. Luis Padiel y Vizcarrondo, mi inseparable compañero de trabajo (11) ¿cómo hubiera yo podido clasificar y analizar tantos

objetos, reunir tantas notas y llevar a cabo esta Memoria, facilísima tal vez para otros, pero tan ardua como temible para mí?

Pagado este necesario tributo de agradecimiento, caí en un sueño tranquilo y alegre, cual si entrara de nuevo en la feliz oscuridad de mi retiro, de donde ciertamente no hubiera salido sino en virtud de un deber. ¡Plegue a Dios que haya acertado en cumplirlo!

**FIN**

## Notas:

- (1) Hace tiempo que los constructores navales, y otros industriales se vienen ocupando seriamente en multiplicar los medios de salvar a las tripulaciones y viajeros en estos trances angustiosos: en la Exposición eran numerosos los ejemplares y los modelos de los Salva-vidas de todas clases que hasta hoy se han inventado, y no son pocos los que han ganado gran fama con los eminentes servicios que han prestado a la humanidad en los momentos azarosos de una tempestad deshecha, o de un incendio voraz.

Los dos Salva-vidas que citamos en el texto han dado una prueba irrefutable de sus excelentes condiciones navales y un testimonio más del valor del hombre: ambos han atravesado el Atlántico, con asombro del mundo marítimo.

El Red, White and Blue, mide dos toneladas y media, menos en verdad que el más pequeño de los botecillos que circulan por nuestra Bahía; pero su casco es de hierro, de dobles costados y compartimientos vacíos, como el del Leviathan: tiene 8 m. de largo  $2\frac{1}{2}$  de ancho y  $1^{\circ}20'$  de hueco: hizo la travesía desde Nueva-York hasta Londres en 40 días, con arboladura de tres palos, y tripulado por el Capitán Hudson, el Capitán Fitch y por la fidelísima Fanny, perra que murió de las fatigas del viaje antes de llegar puerto. Cuando la familia y los amigos de Hudson querían disuadirle de esta empresa peligrosa, el orgullo marino respondía invariablemente "los ingleses han atravesado el Océano en el Great Eastern, el mayor de los buques conocidos; yo quiero atravesar el mar para mostrarles el más pequeño". ¡En efecto los dos tripulantes no cabían bien en la embarcación!

La Sin Igual estuvo colgada a un clavo en la Galería de las Máquina durante la Exposición. Es una Almadia compuesta de tres tubos puntiagudos, de goma elástica, llenos de aire, forrados de lona, ligados entre sí con bandas del mismo lienzo y consolidados por varios cuarterones simplemente amarrados. Tiene como cuatro metros de largo por tres y medio de ancho, y navegó con dos velas, entre Nueva York y Southampton, haciendo esta travesía peligrosa en 43 días. Componían toda su tripulación el capitán John Mikes y dos hombres George Miller Y Jerry Mallene. Una simple hamaca daba descanso alternativamente a cada uno de los tripulantes, mientras los otros dos velaban. Es el primero obra de la invención de Mr. Ingersail y construyó la segunda Mr. Perry, ambos de Nueva York.

¡Feliz nuestro tiempo que piensa en estas obras y más felices los tiempos venideros en que se habrá llegado a la perfección! Vendrá un día en que ningún buque se hará a la mar sin llevar consigo un número suficiente, proporcional a su equipaje, de estos Salva-vidas, última y eficaz esperanza de los náufragos.

- (2) Este enorme globo se compone de 118 bandas dobles de tafetán blanco que tienen 70 metros de largo por 0.60 de ancho; se han invertido en él algo más de 7,000 metros de tafetán, que a 7 francos 25' el metro, cuestan 52,500

francos: su total es de 45 metros: su capacidad 6,098 metros cúbicos. Eleva en junto y por efecto del gas del alumbrado, un peso de 4,900 kilogramos.

El viaje que indicamos en el texto es el sexto de este globo. Sus otras ascensiones han sido dos en Paris, una en Lion, una en Bruselas y otra en Ámsterdam. Los productos que se obtienen de estos espectáculos se consagran a una serie de experiencias hechas por una comisión científica, con el objeto de estudiar los fenómenos meteorológicos en diferentes regiones de la atmósfera.

La barquilla de este globo es una casilla con diez ventanas. El piso, las paredes, la azotea y los pretilos son de esterilla de juncos sujetas a una armadura sólida y liviana. Puede contener, además del lastre y enseres, de 14 a 16 hombres.

- (3) La parte científica de la antigua leyenda atribuye a Dédalo la invención de la navegación a la vela. Su hijo Ícaro inventó unas alas para viajar por el aire: se fió a ellas y pereció en el mar que lleva su nombre.
- (4) Pilatre-de-Rozier, el mayor entusiasta de la atmósfera y su ayudante Romain intentaron la travesía de la Mancha hacia 1784. Una tempestad, según unos, un incendio, según otros, destruyó el globo y los estrelló contra la playa, a una legua de Bolonia. La Armant hizo su 67ª y última ascensión el 6 de julio de 1819: partió del jardín de Tivoli en un globo con fuegos artificiales que debía quemar en el aire: el incendio la precipitó abrasada sobre el tejado de una casa. Arban intentó pasar en 1847 de Barcelona a Italia, con poco estudio de las corrientes adversas y favorables en aquellos parajes y jamás se ha vuelto a saber de él.
- (5) Buque del Sr. Monturiol destinado a navegar por debajo del agua.
- (6) *Esta nota fue añadida por R. Calderin.* De este modo la Exposición de 1867 ha tenido un carácter moral que ninguno de las tres que le han precedido alcanzó. Para llenar este vacío se construyó el grupo X que hemos de estudiar particularmente en este escrito, grupo que abraza toda la Exposición, pero bajo un solo punto de vista: el de mejorar la condición física y moral de los pueblos, que debe ser la aspiración constante de todas las naciones y de todos los gobiernos civilizados. Las siete clases son I. Consideraciones generales, II. La educación y los cuidados de la primera infancia, III. Material y métodos de enseñanza para los niños, IV. Enseñanza de sordo-mudos y ciegos, V. Biblioteca y material de enseñanza dada a los adultos en la familia, en el taller, en la corporación o en el Ayuntamiento, VI. Muebles, vestidos y alimentos que su distinguen por sus buenas cualidades unidas a la baratura, VII. Modelos de habitaciones caracterizadas por la baratura unida a las condiciones higiénicas y de comodidad
- (7) Ni las revoluciones, ni el carácter activo y generoso, ni la vasta ilustración de la Francia, han sido parte basta ahora, para dotar a esta Nación de una grande iniciativa individual. Hace poco [Enero de 1863], decía el Emperador: "Cuando la iniciativa individual se ejerce con infatigable ardor, el Gobierno se excusa de ser el único promotor de las fuerzas vitales de la Nación". Añadamos que tal

misión es superior a los medios y a la voluntad de cualquier Gobierno y por lo mismo, la más peligrosa que los errores políticos han podido producir. Querer subrogar la actividad de uno o de varios a la actividad de todos, es querer un trastorno de la naturaleza humana que anulando al ciudadano, retarda los progresos morales y materiales de la sociedad. En Francia el Gobierno se reserva la facultad de acordar a los ciudadanos del derecho de reunirse para hacer el bien a sus expensas, y aunque a veces les presta su apoyo material con largueza, pocos son los hombres que se deciden a solicitar un permiso para emplear su tiempo, su inteligencia y su dinero en bien de los demás. –De aquí que el pueblo francés no esté jamás satisfecho, aunque por todas partes se vea cierta influencia bienhechora del Imperio en las obras de la filantropía y de la caridad privada.

Los pormenores de estas obras, de que hay datos y modelos, traídos de toda Europa, en la Exposición, ocupan volúmenes y no caben en nuestra reseña. Respecto de Francia y en corroboración de esta nota citaremos con brevedad El Instituto de los hermanos de las escuelas cristianas: las diversas Sociedades de instrucción primaria: las Asociaciones politécnica y filotécnica para los adultos: la Sociedad Franklin para la publicación de buenos libros, y entre otras semejantes, la Sociedad de libros útiles a la que el Emperador ha auxiliado con 40.000 francos: la sociedad de protección a los niños de las manufacturas: los Sociedades orfeonistas que, por el estudio de la música despiertan en el obrero el sentimiento del arte, el gusto de lo bello, alejándolo en proporción de la taberna.

Las habitaciones cómodas, sanas y baratas para los obreros, de que el Emperador ha presentado un ejemplar en la Exposición, y de las que ha mandado a construir fuera de ellas grandes edificios: las del Creuzot, Blanzay, París y otras, entre las cuales las de Mulhouse han obtenido una subvención del Gobierno de 30,000,000 de francos.

La Sociedad de Prestamos de la infancia al trabajo, bajo el patrocinio del Príncipe Imperial: la Sociedad central de salvamentos de naufragos, bajo la protección de la Emperatriz: las Oficinas de Beneficencia a domicilio: las casas de huérfanos, las de locos, y sobre todas las de enseñanza para los sordomudos y los ciegos. Todas estas obras del bien, implican en Francia la influencia directa o indirecta del Gobierno. En Inglaterra existen sin esta circunstancia. En los Estados Unidos de América hay pocas, porque todas estas necesidades se satisfacen de otra manera: “la igualdad completa entre el Patrón y el Obrero, la libertad absoluta del trabajo, la profusión de la instrucción primaria, la iniciativa individual sin traba alguna, la actividad y la previsión de todas las clases difunden en el país el bienestar público y privado” según la explicación dada por el comisario de esta Nación. –Véanse los documentos y memorias contenidos en L’Enquete du Dixième Groupe. París 1867.

- (8) Posee nuestra Capital, al cuidado de las Hermanas de la Caridad, una Casa de Párvulos que reúne todas las condiciones de que habla el texto, y que dispensa sus saludables beneficios a más de cien criaturitas de ambos sexos y de todas las clases de nuestra sociedad. Debemos ese bien, que será un ejemplo inolvidable en el País, al Excmo. Sr. D. Fray Pablo Benigno Carrión, nuestro Diocesano. Su nombre merece el respeto de nuestra generación y pasara con veneración a la memoria de nuestros hijos, como han venido a la nuestra los

Arizmendi y los Gutiérrez de Cos, los Xiorros y los Rufos, verdaderos bienhechores de la juventud y de la infancia del País.

Una triste reflexión ha asaltado siempre nuestro espíritu cuando hemos visitado nuestro plantel de almas cándidas y puras, destinadas a recibir las simientes evangélicas que mejoran el corazón y el entendimiento, en esta edad feliz en que germinan sin obstáculos, para crecer después lozanas y dar más tarde frutos de vida y de bendición: en todas partes hemos sentido latir nuestro pecho y rebosar de placer, al contemplar sus efectos del momento, al pensar en su trascendencia ulterior. ¿Por qué salimos siempre tristes y melancólicos de la nuestra? Porque ella es para el hombre reflexivo una demostración punzante, dolorosa de la funesta lentitud, de la ausencia de entusiasmo en que ha caído el alma del País con respecto a todo lo que es moralmente grande y bello. De otro modo ¿no hubiera tenido imitadores en la Isla su piadoso fundador?

- (9) ¿No habría en cada cabecera de departamento siquiera una de estas Casas, tan fecundas en placeres puros, tan ricas de porvenir para los pueblos? Seguramente las madres puertorriqueñas, tan tiernas como sensibles; seguramente los hombres acaudalados de la Provincia, tan proverbialmente generosos, no han visto estos Asilos de Infancia, o no han meditado en sus magnas consecuencias. Si así fuera ¡cuán grande sería la responsabilidad que por nuestra inexplicable indiferencia, contraeríamos para con Dios y para con la posteridad! Igual deuda moral cabe a los Departamentos ricos de la Isla, en presencia de la casa de Sao Ildelfonso, en donde bajo las alas de la caridad se salvan de la ignorancia y de los vicios, numerosas jóvenes pobres. Débese ésta en su origen a la iniciativa de D. Julio L. de Vizcarrondo, cuyo pensamiento nobilísimo fue prohijado, protegido con calor y llevado a cabo por el Sr Dean D. Gerónimo Usera, Gobernador del Obispado si mal no recordamos, por aquel tiempo.

¡Oh Madres que amáis a vuestros hijos, influid en vuestros Esposos! ¡Oh hombres que tenéis fortuna y valimiento, reflexionad un tanto en las vicisitudes humanas!... Pensemos todos que donde quiera que se abre una Casa de Párvulos, se cierran las puertas de un Presidio, que donde se erige una Casa de San Ildelfonso se inutiliza un triste establecimiento de Reclusas: pensemos a la vez en la inestabilidad de la inconstante fortuna, y asociados íntimamente trabajemos todos para multiplicar en nuestro País, en favor de nuestros semejantes, estos templos levantados por la caridad a la instrucción, a la virtud y al amor del trabajo. ¿Quién nos asegura que no necesitarán de ellos nuestros nietos, nuestros propios hijos?... ¡Y cuán pequeño sacrificio, para cada uno de nosotros, en comparación de tantos y de tan hermosos bienes!

- (10) Componían esta Comisión los Sres. D Rafael López Ballesteros, 2° Cabo de esta Isla, Presidente. –Vocales: D. Manuel Sánchez Núñez, Director de Obras públicas. –Ingeniero de Montes, D. Juan Fernández Ledón. –Arquitecto público, D. José I. Hernández -D. Alejandro Jourdan y D. Francisco Barceló. Vocales de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio -D. Francisco López Bago, D. Manuel Andino, D. José J. Acosta, D. Antonio Vizcarrondo, D. Juan J. Mangual, D. Juan J. Gorbea, D. Carlos Gautier, y D. José C. Fajardo, miembros de la Sociedad Económica.

- (11) La parte más importante de los estudios que D. Luis Padial me ayudó a hacer en la Exposición, además que los que he utilizado en este trabajo, se ha quedado por falta de tiempo en la sombra. Tuvimos el pensamiento de hacer y de publicar juntos una obrita "Armas de la Exposición": los interesantes y abundantísimos datos que llegamos a reunir sobre este asunto a él se deben. No me ha sido incluir en este trabajo ni siquiera un artículo que los diera a conocer en extracto, como era mi intención. ¿Tendremos en lo futuro, ocasión para realizar nuestro pensamiento?....